

Carmody al vinagre y al papel mascado. Esa joven se avergonzaba de tener coloradotas las mejillas, y ahora es de última moda reemplazar los sonrosados colores de la salud por las palideces de la consunción y de la anemia.

—¡Mal presagio!—me contestó.—Aún no hace un mes que inauguramos la fábrica.

(Continuará)

α MISCELANEA λ

Fiesta de San Bernardo—El 20 del pasado Agosto se celebró con singular pompa la fiesta de San Bernardo, cuyo nombre lleva el Illmo. y Rdmo. Primado. A la Misa solemne que celebró en la Basílica el señor Rector del Seminario, asistió el Prelado de semipontifical; asistieron además, el Venerable Capitulo, el Clero secular y regular de la ciudad, el Seminario y muchos fieles. Después del medio día hubo en el Palacio la recepción acostumbrada.

Santa Visita—Como lo anunciámos en el número anterior, el Illmo. y Rdmo. Señor Arzobispo salió, acompañado del señor Secretario Arzobispal y de dos RR. PP. Jesuitas, el martes 23 del pasado mes, á practicar la Visita Pastoral en las parroquias de Cucunubá, Guachetá, Lenguaque, Villa Pinzón, Chocontá, Suesca y Sesquilé.

Nueva Diócesis—Con fecha 7 de Julio del corriente año, erigió el Padre Santo la nueva Diócesis de Cali, como sufragánea de Popayán.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año V—Vol. V { Septiembre 15 de 1910 } Núm. 17

CIRCULAR

Gobierno eclesiástico—Bogotá, Septiembre 11 de 1910

Señor Cura....

Se acerca el vigésimo quinto aniversario de la consagración episcopal de nuestro amado Pastor el Illmo. y Rmo. Señor Doctor D. Bernardo Herrera Restrepo, dignísimo Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia.

El Illmo. y Rmo. Señor Doctor D. José Telésforo Paúl consagró al Illmo. Señor Herrera el día 27 de Diciembre de 1885 en la Catedral de Bogotá, y en esa misma fecha del presente año debemos celebrar la fiesta del amor filial á nuestro Venerable Prelado. Justo es que todos los católicos de Colombia y señaladamente los súbditos y admiradores de tan egregio Pontífice, tomemos parte muy activa y eficaz para celebrar con la mayor pompa y esplendor tan fausto acontecimiento.

Todas las Diócesis de Colombia han participado de la benéfica acción y de la favorable influencia de nuestro amadísimo Arzobispo. Todas las clases sociales y en especial los obreros, los niños y los pobres han sido objeto de la solicitud y cuidados pastorales del Illmo. Señor Herrera Restrepo. Las Comunidades religiosas y el Clero en toda su jerarquía, han recibido muestras inequívocas de la paternal benevolencia del Primado de Colombia y de su celo especialísimo por la santificación de quienes son con-

ductores del rebaño de Jesucristo. No es ocasión oportuna para enumerar las razones de lo que acabamos de exponer. Basta enunciar el pensamiento para que sea acogido con entusiasmo, como lo ha sido por el Excmo. Señor Presidente de la República, Doctor D. Carlos E. Restrepo, por el Excmo. Señor Delegado Apostólico Doctor D. Francisco Ragonesi, por el Venerable Capítulo Primado, por el Clero y por los fieles de la Arquidiócesis.

La principal ovación debe consistir en ponernos en estado de gracia y ofrecer el mayor número posible de comuniones y oraciones, para pedir al Altísimo que prolongue por muchos años la vida de nuestro Pastor para bien de la Iglesia y de la Patria, de la sociedad y de la familia. Con este fin nos hemos dirigido á los Illmos. y Rmos. Prelados de Colombia suplicándoles dispongan lo conveniente en sus Diócesis, para que todos los católicos de nuestra Patria tomen parte en la celebración del Jubileo.

Dirigimos con anticipación esta Circular, á fin de que sea conocida en todas las ciudades y poblaciones, en las aldeas y caseríos de la Arquidiócesis.

Por ser esta una como fiesta de la familia cristiana en las Bodas de su Pastor y de su Padre, hemos de hacer esta manifestación en las ciudades y en los campos, en las casas de los ricos y en las chozas de los pobres. Hasta el pobre labriego puede, sin detrimento, coger una flor del campo ó tomar una rama de árbol y colocarla en la puerta de su habitación en señal de la fiesta que celebra.

Recomendamos á los señores Párrocos y Capellanes de todas las iglesias de la Arquidiócesis lo siguiente:

Primero. Exciten á los católicos para que iluminen el frente de sus casas el día 26 de Diciembre por la noche, no sólo en las ciudades y poblaciones sino en los campos, aun en las chozas de los pobres, y para que adornen las casas con banderas, gallardetes, flores y coronas, como se

acostumbra en otras solemnidades. Nada más tierno que esta práctica observada en las casas de nuestros campesinos en la fiesta de la Concepción de María. Ojalá que los habitantes de Bogotá den esta muestra de adhesión y afecto á nuestro común Benefactor en el día de su Jubileo episcopal.

Segundo. Dése un repique general de campanas en todas las iglesias de la Arquidiócesis el día 26 de Diciembre, á las doce del día, á las seis de la tarde y á las nueve de la noche.

Tercero. Cántese un solemne *Te Deum* en acción de gracias, en todas las parroquias, el día 27, ó en otro día de concurso de fieles, á voluntad del Párroco respectivo.

Cuarto. Invítase á todos los sacerdotes de la ciudad y de los campos á solemnizar este aniversario, y á celebrar el santo sacrificio de la Misa en la Basílica, el día 27 de Diciembre.

Esta Circular será leída en todas las iglesias de la Arquidiócesis en la Misa principal de un día festivo después de su recepción, y además el domingo 18 de Diciembre.

Dios guarde á usted.

SALUSTIANO GÓMEZ RIAÑO

Vicario General.

DISCURSO

del Illmo. y Rdmo. Señor Arzobispo, al Excmo. Señor Presidente de la República, con ocasión del primer Centenario de la Independencia nacional

Excelentísimo Señor:

Venimos en nombre de la Iglesia Colombiana á saludar á V. E. en este hermoso día que cierra la primera centuria de vida independiente de nuestra Patria muy amada.

Las alegrías de la Nación que á nosotros también nos cuenta entre sus hijos, nos son propias, tanto más cuanto entre los fundadores de la República figuran no pocos, quienes con el amor que profesaban al Dios á quien servían como sacerdotes, juntaron el más noble patriotismo, el cual los indujo á sobrellevar con ejemplar abnegación muy crueles sufrimientos.

El día de hoy nos invita á abrir el corazón á muy lisonjeras esperanzas de dicha para la Nación entera. Ya hemos ofrecido solemnes plegarias de acción de gracias á Dios Omnipotente. Ahora le pedimos otra vez que Él infunda en todos nuestros conciudadanos hondos sentimientos de amor mutuo, á fin de que reinen la paz y la concordia, y con el anhelo de días más venturosos, crezca en cada uno el empeño por cooperar á la estabilidad de las instituciones cristianas, al acatamiento á las autoridades, al imperio del orden y de la libertad bien entendida, al respeto del santo nombre de Dios que tiene en sus manos benéficas el porvenir de las Naciones.

20 de Julio de 1910.

ORACION GRATULATORIA

en celebración del Centenario de la Independencia nacional

Pronunciada en la Catedral de Bogotá el 20 de Julio de 1910, en la fiesta con que el Arzobispo Primado, el Capítulo y el Clero celebraron el natalicio de la República, por el Canónigo Dr. RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Individuo correspondiente de la Real Academia Española, Director de la Colombiana, etc.

Beata gens cuius est Dominus Deus eius.

Psalm. xxxii, 12

Bienaventurada la nación que tiene por Señor á su Dios.

Excelentísimo Señor:

Ilustrísimo Señor:

¡Qué hermoso es el día en que los hijos, venidos de distintas tierras, se congregan al rededor de la no olvidada mesa para celebrar el cumpleaños de la madre! Heridos acaso por desengaños y dolores, adornada la frente con las primeras canas, nacidas más que de los años de las luchas y amarguras de la vida, dejan á un lado la adquirida experiencia, sacrifican resentimientos entre hermanos, deponen la gravedad viril, y vuelven á ser niños y renuevan las inocentes burlas de la infancia, rodean á la matrona de blancos cabellos, bésanle la frente con religiosa veneración y la colman de agasajos y de obsequios.

Ella, ataviada con las austeras galas de la viudez, reemplazadas las lágrimas del dolor maternal por las del reconocimiento y la ternura, vuelve á dejar que fulgure en sus ojos el brillo de la juventud, que se alcancen á transparentar en las mejillas las ocultas rosas de los años ya idos; reprende festivamente al uno, sonríe al otro, se enorgullece con los triunfos de todos, y bendice á Dios, que le

compensa en un día de ventura los martirios de meses y de años.

Hoy estamos congregados en este recinto para celebrar el Centenario de nuestra madre la Patria, hermanos míos. Y quiero dar á esta palabra *hermanos* toda su honda significación patriótica y cristiana.

La Patria es nuestra madre. Nos engendró ella en su seno, somos pedazo de sus entrañas, carne de su carne, hueso de sus huesos; ella nos crió á sus pechos, nos abriga bajo su bandera sin mancha, nos da su nombre, el de colombianos, que yo no cambiaría por otro alguno; nos hace partícipes de sus laureles y triunfos; hermanos de sus sabios, sus poetas, sus estadistas, sus héroes y sus mártires.

El amor á la Patria es virtud, es deber imperioso de moral, y de moral cristiana. Jesucristo quiso anunciar antes que á nadie la buena nueva del Evangelio á las ovejas de la casa de Israel, y lloró sobre las futuras desgracias de Jerusalén como lloró sobre el sepulcro de Lázaro, su amigo. San Pablo se gloria en sus Epístolas de ser israelita, descendiente de los antiguos patriarcas, con ser el pueblo judío nación deicida, reprobada de Dios. León XIII afirma que el amor patrio no es obligación impuesta por ley positiva, sino deber de ley natural, que ha de ser uno de nuestros principales afectos, que ha de llevarnos á defender el suelo natal hasta rendir la vida.

Y aquí veo hermanos que han venido de todos los confines de la República á festejar á la madre, olvidados de rencillas y de odios, respirando el ambiente de la infancia, el aroma de la juventud: la infancia de 1810, la juventud de 1819. Bajo este techo sagrado están los que mecieron su cuna al compás de las olas, al romperse contra las mágicas riberas orladas de cocoteros y manglares; los nietos de los que defendieron la ciudad cien veces heroica; los que habitan las faldas de la Sierra Nevada — sol-

dados no vencidos,—donde Dios compendió todas las maravillas del universo; los compatriotas y descendientes de García de Toledo y Fernández Madrid; de Díaz Granados y Padilla.

Aquí los habitantes de las dós abruptas comarcas montañosas, donde se esconde el oro en las vísceras del suelo, y la vegetación no germina sino al sudor de los industriosos habitantes; donde lo avaro de la tierra templea el alma de los ciudadanos; donde se alzaron acá los comuneros del Socorro; donde allá florecieron los Restrepos, y emuló con Cincinato el Dictador, el Dictador Corral; donde nacieron el *estudiante* que gritó *Firmes, Cachirí*; y el que pereció en Bárbula al plantar la bandera tricolor en las trincheras enemigas.

Veo á los que pisan las vegas del patrio Sogamoso, á los que moran cerca del Pantano de Vargas, y despertaron con el recuerdo de las dianas de Boyacá, á los soldados que guardan muertos, bajo el plomo enemigo, la rigurosa formación de parada; á los conterráneos de Camacho, el estadista y mártir; de Rondón, el Aquiles del Llano; de Ricaurte, el héroe sin modelo y sin imitador.

Me rodean los que en los llanos que riega el Magdalena, los que fecundiza el Saldaña, conservan intacto el lema del escudo nacional: *Libertad y Orden*; los que abrigaron la casa solariega de los Caycedos y dieron origen á Buenaventura, Perdomo, Lozano y mil más; los primeros en las artes de la paz, los primeros en las hazañas de la guerra.

Y no están ausentes los que respiraron en la niñez las auras del almo Cauca, de vegas que son copia del paraíso terrenal, tierra donde todo es grande: desde los nevados que parecen querer escalar las nubes, hasta los hombres legendarios que son orgullo de Colombia. Aquí faltan el espacio y el tiempo: Joaquín de Cayzedo, Caldas, Torres, Cabal, los Mosqueras, los Pombos... ¡Tierra natal de mi

padre, donde tengo tantos amigos fieles, tantos discípulos distinguidos: salve!

Están aquí también, aunque quizá en número menor, los hijos de Cundinamarca, los oriundos de mi amada Bogotá. Paisanos y descendientes de Nariño, Vélez, Ortega, París: dejadnos hoy que os tributemos los honores de la casa. ¿Qué hacer? No es mérito nuestro que tocara á D. Antonio Nariño, D. Manuel de Bernardo Alvaréz, D. Jorge Tadeo Lozano, D. José Ortega, D. Antonio Morales, dar el grito de independencia.

Ni ellos habrían cumplido sus propósitos levantados sin la colaboración de muchos próceres ilustres, nativos de distintos puntos del país. Lo que demuestra que antes que los timbres de provincia ó ciudad, todos los hijos de Nariño y de Bolívar debemos adornarnos y enorgullecernos con el glorioso título de ciudadanos de Colombia.

¿Y qué si el aniversario de la Patria es también el de la libertad? ¡Oh libertad, que, según la frase de León XIII, eres bien importantísimo entre todos los concedidos por Dios á la criatura racional! Tú distingues al hombre de los brutos, lo acercas á la dignidad del ángel, lo constituyes imagen del Criador; tú resuenas deliciosa á los oídos del patriota americano, porque le recuerdas el nacimiento de la República, las hazañas de los guerreros de la Independencia; porque estamos acostumbrados á leer tu nombre en la bandera tricolor, que vuelve á las capitales conducida por el Ejército vencedor, agujereada por las balas y ennegrecida por el humo del combate.

¡Oh, la bandera de la Patria es santa,
Flote en las manos que flotare!,

dijo un insigne apologista católico, un poeta grande, un eximio patriota.

Mas ¿por qué celebrar este aniversario bajo las bóvedas de una basílica cristiana? A qué título canta el himno

de la libertad y de la Patria un hombre envuelto en el lúgubre ropaje del sacerdote de Cristo, con las vestiduras de esta Catedral bogotana. No os fijéis, hermanos, en que el predicador lleva, aunque indignamente, en sus venas, sangre de libertadores: bástale su carácter de sacerdote, el de Omaña y Padilla; sóbrale con su título de Canónigo de esta Catedral, que llevaron Caycedo, Pey, Duquesne, Sotomayor, Lasso de la Vega, Fernández Saavedra, para poder pregonar las glorias de Colombia.

La Iglesia fue la civilizadora de nuestra Nación, la libertadora de nuestra Patria, la fundadora de nuestra República. Estadme atentos.

Deudores somos de nuestra civilización á la madre España. Ya pasaron aquellos días en que las hijas hacían cargo á su madre de todos sus infortunios, y en que la madre apellidaba á las hijas emancipadas ingratas y rebeldes. Esta mañana, antes de venir aquí, vi flotar al viento, en la portada de la Legación de Su Católica Majestad, el pabellón rojo y amarillo, el de los castillos y leones, el que avasalló por medio siglo la Europa, el que, al decir de uno de nuestros vates más insignes,

Sobre el mundo se extendía,
Siendo el asombro y espanto
Del agareno en Lepanto,
Y del francés en Pavia.

Las hijas se inclinan ante la grandeza secular de la madre, y ella se yergue orgullosa, con el pensamiento de haber dado el sér á treinta naciones independientes y libres.

Cuando el genovés Cristóbal Colón andaba ofreciendo un mundo, que sólo existía en su mente portentosa y en la realidad creada por Dios, no lo entendieron sino dos frailes franciscanos, los Padres Pérez y Marchena, y una reina que llevaba por excelencia el nombre de Católica.

Lanzóse él á las olas, iluminado por la lumbre que no razona sino que ve, llamada el genio, encontró la América, y volvió á ponerla rendido á los pies de Isabel.

Entonces los vencedores de la Media Luna, en lucha de once siglos, partieron al Mundo Nuevo, ansiosos por darle

Al rey infinitas tierras
Y á Dios infinitas almas.

De todo hubo entre los pobladores de América; hidalgos y pecheros, caballeros y mendigos, santos y perversos, sabios y aventureros. Pero todo lo dominó el espíritu cristiano: el misionero se sobrepuso al conquistador; al militar, el letrado; el sabio jurisconsulto, al encomendero vulgar.

Un día el licenciado cordobés D. Gonzalo Jiménez de Quesada, á la cabeza de un centenar de soldados, llegó, después de un viaje de un año entero, á esta hechicera Sabana de Bogotá. El 6 de Agosto de 1538 fundó, en el sitio de Teusaquillo, la ciudad que, en recuerdo de la patria ausente, apellidó Santafé. Inauguró el Reino Nuevo de Granada, en nombre de la Corona de Castilla, con la misa primera que celebró en estas alturas el dominicano Fray Domingo de las Casas. Sirvió de altar un banco de césped; de retablo, los árboles del bosque; de incienso, los aromas del campo; de cúpula, el dombo azul del firmamento; de órgano, los murmullos de la selva, el trinar de los pájaros, el susurrar de la brisa y el de los riachuelos, entonces puros, que se desprendían de los cerros altísimos de la cordillera oriental.

Tres escuadrones europeos formaban frente al rústico, improvisado templo: el de Quesada, al pecho la coraza de hierro, abollada por las picas indígenas; el yelmo, ya sin plumas en la frente, desgarrado el jubón, desteñida la sobreveste; el de Belalcázar, fundador de Quito y de Popayán, ataviado con las galas relucientes de la corte del

César Carlos v; el de los tudescos, seguidores de Fredemann, cubiertos de pieles de venado, y en que formaban contraste el rostro atezado por el sol de los llanos, con los ojos azules y los rubios cabellos.

El sacrificio del altar, instituido por Jesucristo mi Señor y el vuestro, por amor á nosotros, iba avanzando. El sacerdote se inclina sobre la hostia inmaculada, pronuncia las palabras que el Salvador nos mandó proferir en memoria suya; truécase la sustancia del pan en la del Verbo hecho carne; y alza el sacerdote la víctima del Calvario. Los clarines guerreros tocan marcha; los siguen los tambores que redoblan; los soldados quiebran la rodilla y presentan las armas; se humillan los estandartes españoles, triunfadores ante los muros de Granada.

Al ver á los hijos del sol, á los genitores del rayo, doblar las frentes ante Dios hecho hombre, hecho pan, los indios se postran hasta el polvo, y luego unen los sonidos de sus fotutos y caracoles al estruendo de los parches y cornelas de sus irresistibles vencedores.

Aquel día Cristo, hijo de Dios, Cristo redentor de los hombres, Cristo civilizador de la tierra, tomó posesión de estas comarcas para no abandonarlas jamás. En las bases graníticas de los Andes, con igual título que en el fundamento del obelisco de Sixto v, quedaron grabadas por el dedo de Dios estas palabras: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat*. Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

Y siguió reinando en los tres siglos de la Colonia, y venciendo la codicia de conquistadores y encomenderos y las injusticias de presidentes, y oidores, y virreyes, mediante la acción redentora de la Iglesia. Ella abrió los caminos por donde transitamos todavía, fundó nuestras ciudades y villas, levantó las iglesias en que oramos, los colegios donde aprendimos, los hospicios y hospitales, y asilos que dan á los infelices el pan del alma y el del cuerpo.

La Iglesia fundó al lado de cada iglesia parroquial una escuela, al lado de cada convento una Universidad. Diganlo la javeriana, dirigida por los padres jesuitas; la tomística, regentada por los hijos de Santo Domingo de Guzmán. Y ella creó los dos colegios insignes de San Bartolomé y el Rosario, por manos, el uno, de D. Bartolomé Lobo Guerrero; el otro, del Maestro Fray Cristóbal de Torres, Arzobispos entrambos de esta sede bogotana, y fue maestra del sacerdote José Celestino Mutis, introductor del moderno saber en nuestra Patria. Los Padres de la Compañía de Jesús trajeron al Nuevo Reino la primera imprenta. ¡Gloria inmortal á esos ilustres obreros de la civilización y del progreso!

En los dos colegios insignes memorados, á la luz y al calor de las doctrinas de Santo Tomás y de Suárez, se formaron los fundadores de la Patria. ¡Cómo no si, católicos instruidos y fervientes, habían leído en San Pablo que los cristianos no hemos recibido espíritu de servidumbre para obrar únicamente por temor; que ante Dios no hay distinción de judío y griego, bárbaro y romano; si sabían que el amor á los hombres es el supremo mandato del Salvador del mundo! ¡Cómo no, si habían aprendido en las obras de Santo Tomás que la razón humana es *participación de la luz divina*; que la ley es *ordenación de la razón*, no de la fuerza ni del capricho, ni del interés, ni del número; que los gobernantes son los que *cuidan de la comunidad*, no los que la dominan y avasallan! Habían leído en los libros de Suárez, el eximio, que el pueblo tiene soberanía delegada de Dios, y que todo mandatario alcanza su autoridad del consentimiento popular tácito ó expreso.

Llegó el día, señalado por la Providencia, en que las colonias españolas alcanzaron la mayor edad, y con ella el derecho de gobernarse por sí propias. Coincidió aquel momento con el otro en que la Madre España se vio

traicionada por sus reyes, vendida al usurpador francés, en que la sangre de sus hijos corrió á torrentes, el memorable *Dos de Mayo*, por las calles de Madrid. Las ciudades españolas, dominadas por el usurpador, abandonadas por sus monarcas, constituyeron las Juntas famosas, que dieron ánimo y recursos al patriotismo, que crearon los improvisados ejércitos defensores de Gerona y Zaragoza, triunfadores en Bailén y Talavera.

Las Provincias de América, aún más abandonadas, siguieron el ejemplo de sus hermanas de allende el Océano. Quito las precedió á todas. Santafé dio el grito once meses más tarde. Hoy conmemoramos esa efeméride gloriosa. Venid conmigo á la plaza, donde ahora señorea la inmortal efigie del Libertador; penetremos en espíritu al recinto del Cabildo abierto; veamos, oigamos. ¡Cuántos vestidos talares, cuántos hábitos religiosos, entre las garnachas de los jurisconsultos, las ropillas de los mercaderes, los galones y charreteras militares! Se disputan entre sí, sin quererlo, el cetro de la elocuencia D. José Acebedo, el tribuno del pueblo, y Fray Diego Padilla, el agustino, asombro de los doctos por su sabiduría; ídolo, por su caridad, de las clases populares. Y todos, clérigos y laicos, corren al siguiente día, á la cabeza del pueblo, á poner en libertad al Dr. Andrés Bósllo, Magistral de esta Catedral de Santafé, preso en el convento de Capuchinos, y uno de los promotores del patriótico movimiento.

En la inmortal acta de Julio se comenzó invocando el sagrado nombre de Dios; en ella se reconoció la Religión Católica como única verdadera; y los miembros de la Suprema Junta vinieron en corporación á esta misma Catedral á dar gracias al Todopoderoso por la adquirida libertad é independencia.

Aquí principia la inmensa epopeya americana, que tiene para sus actores — sabios, héroes y mártires — la tacha de que no será fácilmente creída por las generacio-

nes futuras. Duro creer, dentro de un siglo, en la inmoliación de Caldas, en el *paso de vencedores* de Córdoba, en el volcán de San Mateo, en la bandera de Bárula.

Oh! si cupiera dentro de mi plan el cuadro de las hazañas de nuestros mayores, ¡cuántos personajes haría yo desfilar ante vuestra encendida fantasía! A Nariño, descubridor de la América libre al través del tiempo, como Colón de la América nativa, á través del espacio; á Maza, que desbarata los tercios españoles, como el simún arrolla las caravanas del desierto; á Ortega, al escalar las cumbres de Vigirima, ó al caer en Valencia bajo las balas enemigas; á Vélez, cuando salta desde el techo humeante de la casa fuerte de Barcelona sobre un bosque de bayonetas peninsulares, y se abre paso con la espada; á D'Elhuyart, que halla su tumba en el fondo del mar, y á Ricaurte, que la encuentra

en el cóncavo azul del firmamento;

á Girardot, que ora, triunfa y muere; á París, que en Bomboná pierde una mano y alcanza la charretera de Jefe; á Santander, que le improvisa á Bolívar un ejército y con él da la carga decisiva de Boyacá; á Herrán, el húsar de Ayacucho, nunca vencido en cuarenta años de batallar, y con todo más ilustre que, como militar, como caballero y ciudadano.

Mirad aquel grupo de cuarenta y cuatro presos, enviados desde Santafé, entre una fuerte escolta de soldados. Son sacerdotes, llevan hechas andrajos las sotanas, están enflaquecidos por la fiebre, ennegrecidos por el sol, rendidos de fatiga. Allí va la flor y nata del clero granadino: Rosillo, el alma de la revolución; Pey, el de corazón de paloma; Duquesne, el sabio, el lingüista; Caycedo, que tornará á la patria, ya libre, á ceñirse la mitra de este Arzobispado por voluntad del Papa León XII, contra el querer del Gobierno español.

A la entrada de Puerto Cabello, una mujer del pueblo, movida á compasión, desliza, á hurto de los soldados, en la mano del Dr. Caycedo, medio real de plata. El, conmovido, besa la limosna y la guarda como reliquia sagrada. Al recobrar la libertad, hizo engastar la roñosa moneda en rico medallón de oro; y en lo sucesivo celebró aquel aniversario distribuyendo dos mil medios de plata á los pobres, en la puerta de su palacio episcopal.

Los mártires de la Patria pasaron todos su noche postrimera al pie de la imagen de Jesucristo, agonizante en la cruz; le recibieron por viático, por vez última, y de la fe y la caridad y la esperanza sobrenaturales derivaron la pasmosa serenidad con que cumplieron su heroico sacrificio. Y creer, y amar y reposar en Dios supieron durante la vida y en el trance de la muerte los veteranos de cien combates y victorias. De mí sé deciros, que la fe católica, luz, fuerza, consuelo, dicha de mi vida, me viene de un soldado de nevados bigotes, traspasado por las balas españolas y el primero á quien Bolívar condecoró con la estrella de los libertadores de Venezuela.

He nombrado á Bolívar. Ante su nombre todo otro nombre palidece, como se apagan los luceros á la aparición del astro-rey. Hoy vence, sucumbe mañana, aparece triunfador al día siguiente; deja á Venezuela, cruza los Llanos inundados, trasmona los yertos páramos de los Andes, hiere en Vargas, anonada el dominio español en Boyacá. Torna á su patria, la liberta en Carabobo. Antes había reunido en Angostura, bajo la presidencia de Zea, á los Diputados de Nueva Granada y Venezuela, constituido á Colombia, la grande, la suya, la respetada de reyes y de pueblos, terminando su elocuentísima proclama con el grito de ¡Viva el Dios de Colombia!

El Dios de Colombia descendió años después á confortarlo, cuando enfermo, desterrado, moribundo, transido de pena por haber arado en el mar, ponía la mente en

la vida futura, donde no hay ingratos, en el Juez misericordioso que no apaga la lumbre del genio después de encenderla; que no crea corazones inmensos para dejarlos vacíos, y sólo pide un acto sincero de amor para salvar al hombre.

De entonces acá ha seguido la Iglesia, sin descanso, su oficio de civilizadora y de maestra. Al extranjero que nos visite hoy casi no podemos mostrarle sino los edificios alzados por la piedad cristiana, los cuadros de nuestros templos, las tallas y dorados de nuestros altares. En los últimos años se han levantado á la caridad, por los sacerdotes, por los religiosos, por los fieles, edificios suntuosos que no desdecirían de una ciudad europea: el Colegio de la Presentación, el Asilo de la Infancia Desamparada, el Hospital de la Misericordia y otros varios. Visítalos: palpita en ellos el espíritu de Cristo.

La Iglesia en todo tiempo ha reclamado con respeto, pero con energía, contra los abusos de los gobernantes; ha enseñado á los ciudadanos el deber de acatar la autoridad legítima. Ella vive hoy entre las tribus salvajes del Caquetá, Casanare, San Martín, el Darién y la Goajira, atrayendo las tribus indígenas á la cultura por medio de heroicos misioneros, miembros de las comunidades religiosas; ella lleva esperanza, y alivio, pan y enseñanza á Contratación y Agua de Dios, asilos que merecen el dictado de *città dolente*, pero no el de *eterno dolore*, porque los hijos de Don Bosco han enseñado á los leprosos á confesar, como Job, que "vive su Redentor, los resucitará en el postrero día y le verán en la propia carne," limpia ya de los estragos de la enfermedad pavorosa.

En cada aldea de nuestros Andes, la iglesia parroquial es el único recinto decoroso que congrega á los labriegos, inspirándoles porte de honor y de respeto; las imágenes sagradas son su único museo; la plática cural, su lección única; el órgano del coro, la sola música grave

que oyen en su vida. El párroco es su consejero, consolador y padre, y la casa del cura es la de todos, ha cantado el príncipe de los poetas que viven en Colombia.

Mirar á la Iglesia Católica con indiferencia ó desvío es en un patriota ingratitud abominable; odiarla, perseguirla, es el crimen del hijo de Agripina; que hizo dar de puñaladas á su madre. Delito inútil, porque la Iglesia, apoyada en las promesas divinas, es inmortal; tan inmortal como Dios, que la fundó.

Permitidme, para concluir, presentar á nombre del Primado de Colombia, del Capítulo y del Clero, reverente saludo á las altas autoridades civiles y militares que nos honran aquí con su presencia; á los representantes dignísimos de las naciones amigas, empezando por el egregio Delegado del Padre común, del Vicario de Cristo en la tierra. Hacemos votos singularmente por la paz y armonía entre las Repúblicas latinoamericanas, en especial las que formaron á Colombia, después de triunfar juntas en Boyacá, Carabobo y Pichincha.

Y nosotros, católicos y colombianos, hijos de la Iglesia y de la Patria, ¿hasta cuándo desgarraremos con nuestros odios fratricidas el corazón de nuestra Madre la República? Juremos hoy, ante el tabernáculo del Dios de nuestros mayores, del Dios de Colombia, inmolar nuestros rencores insensatos, sin renunciar por eso á lícitos ideales, que cuando van dirigidos por la justicia y animados por la caridad, antes favorecen que impiden el engrandecimiento nacional.

Ignoro lo que guarde la segunda centuria de nuestra vida independiente. Mas si, lo que no sucederá nunca, el fuego del patriotismo se apagare algún día en esta tierra tan amada, id á buscarlo entonces, y lo hallaréis intacto, en el corazón y en la mente de los Obispos y sacerdotes colombianos.

(De la Revista del Colegio del Rosario)

PODER DE LA "SALVE"

Los periódicos católicos refirieron en época pasada la gloriosa serie de hechos realizados durante su brillantísima carrera militar por el cristianísimo y valerosísimo General D. Francisco Romero Palomeque, quien, como lo declaró muchas veces en honor de la Santísima Virgen, no se aventuró jamás á los peligros de la guerra sin invocarla y devotamente saludarla rezando la *Salve*.

Uno de los episodios en que más visible fue la protección de la Madre de Dios para con su devoto el bizarro General, es también una página de gloria en la historia.

Era el 23 de Enero de 1860. Los heroicos soldados españoles guerreaban en tierra africana contra los fanáticos marroquíes.

Hallábanse á la sazón protegiendo los trabajos de un reducto un batallón, dos escuadrones y alguna artillería, cuando al mediar el día dicho, numerosísimos moros, á pie y á caballo, presentaron combate.

La guerrilla de un batallón de Cantabria, que por primera vez entraba en combate, llena de ardimiento se lanzó en persecución del enemigo, arrastrando tras de ella á todo el batallón que entusiasmado la seguía. El General en jefe, O'Donnell, envió orden para que se detuvieran, pero no llegó á tiempo, y así vadearon unas lagunas; pero entonces toda la morisma cayó frenéticamente sobre aquel puñado de valientes, quienes aislados y rodeados de los moros, tuvieron, para defenderse de ellos, que formar el cuadro.

En ayuda de aquel heroico batallón dispuso el General que saliesen varias fuerzas, y entre éstas, dos escuadrones de Farnesio, una sección de Albuera y su propia escolta, las que partieron á toda brida, vadeando las lagunas; y saliendo luego al llano cargaron briosamente contra la

caballería mora que asediaba el cuadro formado por la infantería española. Dispersa la caballería, fue perseguida hasta su mismo campamento... ¡y el batallón de Cantabria se vio en un instante libre de enemigos!

"Muchos de los oficiales de Farnesio — dice el historiador Ventosa, relatando esta misma acción del 23 de Enero de 1860 — habían recibido lanzas de antiguos milicianos nacionales de Jerez y del Puerto de Santa María, y al recibir dichas armas de sus generosos huéspedes, ofrecieron devolvérselas teñidas con la sangre de los enemigos, y cumplieron su honroso ofrecimiento; también en este día el lancero de Farnesio, Francisco Castillo, arrebató una bandera á la caballería marroquí, dando muerte al que la llevaba y á otro que trató de recuperarla."

La brillantísima carga fue capitaneada por el Brigadier Romero Palomeque, que, como siempre en trances tales, no dio la orden de cargar, ni partió el primero al frente de sus escuadrones sin antes — él mismo lo ha dicho — haber rezado la *Salve*.

El cronista más popular de aquella memorable campaña, el egregio escritor D. Pedro Antonio de Alarcón, después de narrar, como él sabía hacerlo, y ponderar y alabar la carga referida, dice:

"El memorable hecho de armas que acabo de referir, valió al citado Brigadier D. Francisco Romero Palomeque, jefe de la brigada de lanceros del Ejército de África, una honrosísima y especial recompensa.

"Esta recompensa fue una Flor de Oro, premio de honor que en un certamen literario concedió el Ateneo de Cádiz y ganó el poeta D. Eugenio Quijano, el cual la envió al General O'Donnell para que la adjudicara al oficial que se distinguiera por un brillante hecho de armas.

"Y el día 23 de Enero de 1860, el General O'Donnell adjudicó la Flor de Oro al Brigadier Romero Palomeque, al devoto de la Virgen Santísima!"

EPIŒODIO EDIFICANTE

No hace muchos días viajabán en tren dos religiosos Hijos de San Francisco, que salían de España con dirección á Roma.

Al llegar á Hendaya, hubieron de estremecerse sin duda los buenos religiosos cuando oyeron las primeras palabras en francés. ¡La lengua de Combes! ¡La lengua de una nación apóstata! ¡Y ellos *frailes* y con hábitos de *frailes* entre apóstatas!...

Llegados á Tarbes, quisieron aprovechar los momentos de parada para ver la estación y conocer algo de lo bueno que pudiera haber allí.

Trabaron conversación con un agente de policía, que se ofreció á acompañarles cortésmente.

—¿De modo que son ustedes españoles?— les preguntó.

—Para servirle— contestaron los religiosos.

—No importa; para Dios nada es extranjero; para nosotros tampoco lo debe ser.

—Gracias— contestaron los Franciscanos haciendo una inclinación de cabeza.

—¿Se dirigen ustedes?...

—A Roma.

—Pues saluden de mi parte al Padre Santo— añadió el buen hombre visiblemente emocionado, — y pídanle la bendición para mí y para mi familia.

Esto diciendo, sacó dos francos que tenía en el bolsillo, y prosiguió:

—Pónganlos á los pies del Papa; es cuanto puedo ofrecer al Vicario de Jesucristo.

Uno de los religiosos aceptó como depositario las dos monedas que valían más que el oro que contienen los dos mundos.

Estrecharon con cariño la mano de aquel fervoroso católico, y subieron al tren, que comenzaba á silbar anunciando la salida.

El Papa recibió con inmensa gratitud aquella ofrenda, porque con ella iba el corazón de aquel pobre agente. Y al mismo tiempo dio la bendición, acompañándola con una lágrima, á aquel hombre, que no por ser desconocido era menos acreedor al cariño del Vicario de Jesucristo.

CÆREMONIALE PAROCHORUM

Juxta novissimas Apostolicæ Sedis sanctiones concinnatum

(Continuatio)

§ 2

De celebrante coram proprio episcopo.

1. Si tempus permittit, sacerdos, antequam perveniat episcopus, in altari sit, in plano, in cornu evangelii, ad cornu epistolæ conversus; atque ibi, sacris paramentis indutus, episcopum junctis manibus exspectet; calice et missali in altari prius disposito.

2. Celebrans, sive ad altare accedat antequam veniat prælatus, sive post, calicem ipse deferre debet, et librum aperire; circumstantia enim illum ab hoc munere non eximit.

3. Prælatum in suo adventu salutatur, se inclinans; et signo incipiendi missam accepto, iterum se erga eum inclinatur; et ad altare aliquantulum versus, præmissaque debita reverentia, missam incipit. Usus tamen fere ubique vigens fert ut episcopi salutatio, ulloabsque monito, veniam præsumat missam incipiendi.

4. Si episcopus adventum sacerdotis ad altare præveniat, celebrans e sacristia discedit more solito; salutatur

episcopum cooperto capite; postea se in medium confert, et bireto inservienti tradito, debitam altari reverentiam facit, suppedaneum ascendit, omniaque disponit in mensa, more solito. Descendit deinde in planum e latere evangelii, ac debita episcopo et cruci reverentia facta, missam incipit.

5. Ad *Confiteor* pro verbis *vobis, fratres-vos, fratres*, dicet: *tibi, pater-te, pater*, se vertens et inclinans versus episcopum (Rit. celebr. miss., tit. III, n. 8).

6. Confessione finita, et dicto *Oremus*, inclinationem episcopo facit; se ad medium infimi gradus altaris confert, ibi incipit orationem *Aufer a nobis*, et suppedaneum ascendit, iuxta consuetum (Rit. celebr. miss., tit. III, n. 11).

7. Evangelio lecto, omittit verba: *Per evangelica dicta* etc. et osculum missalis; cum sit episcopi munus illud osculari. In missis de requie, pariter non osculatur evangelium.

8. Ad offertorium, ad eum spectat, non jamad episcopum, aquam benedicere (*Cærem. epp.*, tit. I, c. 30, n. 3).

9. Post *Agnus Dei*, quando missa non est de requie, prima ex tribus orationibus præscriptis dicta ante communionem, altare in medio osculatur; postea, dicto *Pax tecum*, pacis instrumentum osculatur, quod ei a ministro offertur. Recitat postea alias orationes.

10. Quum benedictio impertienda est, dicto iuxta consuetum *Benedicat vos omnipotens Deus*, capite reverentiam facit cruci, deinde inclinationem prælato; populumque benedicit ex parte non occupata a prælato, dicens: *Pater* etc. (Rubrica *ibid.*, tit. XII, n. 7).

11. Missa peracta, preces a Summo Pontifice Leone XIII injunctas et a Pio X confirmatas, in latere evangelii, ad suppedaneum vel ad infimum gradum, recitat; deinde per breviorē ascendit ad idem cornu evangelii, e quo loco se vertit ad prælatum, ei profundam reverentiam facit, ibique manet quoadusque prælatus non discesserit.

12. Si prælatus adhuc manere velit, sacerdos in medium redit, calicem sumit, more solito in planum descendit, debitam altari reverentiam facit, caput cooperit; postea, ante prælatum transiens, ei profunde se inclinatur, et ab it ad se paramētis exuendū. (1)

§ 3

De clerico assistente missæ celebratæ coram episcopo diocæsano.

1. Hora pro missa præfixa, clericus superpelliceum induit et duas candelas altaris, si opus est, accendit.

2. Postquam sacerdotem vestierit, se, nisi alius adsit, ad januam confert per quam episcopus est ingressurus; ibique eum exspectat aspergillum tenens, quod illi offert consuetis cum osculis atque genuflexionibus; deinde aspergillum suo loco ponit ac in sacristiam redit. Invitat celebrantem ad discedendum, et cum eo ad altare se confert gravi incessu ac devoto.

3. Ad altare pergens, si coram episcopo est transeundum, ei genuflectit; si secus, genuflectit prius altari, et postea episcopo.

4. Missæ tempore, clericus genuflectit quoties ante episcopum transit; non autem quum missale a latere ad latus transfert ante consecrationem et post communionem.

(Continuabitur)

(1) Si prælatus, extra diocësim, in privato oratorio assistit missæ a sacerdote suæ diocësis celebratæ, hic se geret sicut dictum est. Si prælatus assistens extraneus sit, ei tantum reverentiæ præbentur in accessu et recessu et osculum pacis. Assistentia intelligenda est formalis; scilicet in habitu prælatitio, cujus nempe respectu in presbyterio prælato debetur locus.

MI NUEVO COADJUTOR

Su cesos de la vida de un anciano párroco irlandés

NOVELA ESCRITA POR PATRICIO HEEHAN

(Continuación)

CAPITULO XXIV

EL SERMÓN

Estoy seguro de que el sermón me causó más inquietudes y zozobras que al mismo Padre Letheby. Naturalmente yo tenía grandísimo interés en que obtuviese buen éxito. Y aún había más. Yo soy casi seguramente el más endeble y el peor de todos los predicadores de la diócesis, con lo cual tengo un título indiscutible para actuar como autoridad en materia de predicaciones. Así como un fracaso en el campo de la literatura es la mejor recomendación para presumir de gran crítico, así pueden escribir acerca del arte de predicar y aspirar á ejercer autoridad soberana y hasta el derecho de gobernar al mundo, los que han demostrado su ineptitud aun para explicar elementalmente el catecismo. Ya, entonces, pueden ampararse en ese privilegio tan general en toda Irlanda: la creencia en la infalibilidad propia. Siempre me ha sorprendido que la declaración de la infalibilidad pontificia que encarna en el Vicario del Altísimo, ese famoso privilegio de nuestra raza, no haya suscitado más protestas. Era el último asalto del Espíritu Santo contra la indecible vanidad de nuestro temperamento. Era el golpe de gracia asestado al juicio personal. Por lo menos así debió ser. ¡Pues, sin embargo, no fue así! La vanidad humana y la presunción son eternas é indestructibles. Desde el pillete que, en mitad del arroyo, delante de mis ventanas, se pregunta con indignación: «¿Por qué diablos no ha enviado

Gladstone su proyecto de ley á la Cámara de los Lores, obligando de ese modo á la Cámara de los Comunes á que lo aceptase?»... hasta el hombre de Estado, ebrio de gloria y de ambición, que acaricia un sueño de imperialismo; desde el crítico que, en un periodiquillo completamente desconocido, ahueca la voz para pedir la decapitación de un autor imbécil que ha tenido la audacia de escribir un libro acerca del acento griego ó de los astros binarios, hasta el *Júpiter Tonante* de la revista de gran circulación que impone sus juicios al mundo: todos, absolutamente todos son iguales.

Cada uno desde su pedestalillo — sea pedrusco de tres pies de alto ó sea la robusta columna de Vendôme — segrega su mínima opinión y reclama el silencio ó la aquiescencia del orbe. ¡Quisiera Dios que los modernos estilistas, cual los de antaño, se ocupasen en predicar acerca de su propia insignificancia! ¡Quisiera Dios que, cual los almuédanos islamitas, sólo subiesen á los alminares de la publicidad y de la fama para convocar á los hombres á la alabanza y á la oración!

En cuanto á mí, como participo de las flaquezas y de los privilegios de casi toda la humanidad, me permito el lujo de predicar, sin renunciar al derecho de criticar, porque hay un placer extraordinario en poder exclamar: *¡Ya se lo había advertido yo á usted!* Así, pues, en un rincón de esta costa occidental donde el Atlántico sin orillas encuentra una orilla, yo, humilde párroco rural, no me rehúso la comodidad de disertar y de filosofar acerca del gran dón del hombre: la palabra.

Imagínense una tarde templada de Mayo; los ejercicios del mes de María han terminado; los cánticos de los pequeñuelos aún resuenan en mis oídos; absorbo un polvito de rapé; tengo entre los dedos preparada otra dosis, y principio á filosofar. Escuchen:

Creo, mejor dicho, estoy seguro, de que los peores consejos que he oído dar en mi vida, son los siguientes:

Sermones—Ha de procurarse la sencillez; no hay que dar en la elocuencia.

Meditación—Ha de tenerse abierto el Breviario, y ha de meditarse sobre las lecciones del segundo Nocturno.

Estos son dos malos consejos—no *per se*, sino *per accidens*—y precisamente por las mismas razones en ambos casos. Cuando el consejero de cabellos blancos dice: «Ante todo, la sencillez,» es como si dijera: «Ante todo, la nulidad y la vulgaridad.» Los jóvenes, al oír que se les recomienda la sencillez, piensan naturalmente: «Mientras con más sencillez me exprese, tanto mejor será; el estilo llano de la conversación familiar resultará el mejor de todos. Entonces, ¿para qué voy á molestar me en una preparación laboriosa? Sólo serviría para cansar al auditorio y para embrollarme; huelga, pues, la preparación.» Los resultados de este sistema, ya los conocemos: algunas frases sobre las escuelas, un *obiter dictum* (1) acerca de las estaciones, una detonante filípica, á lo Demóstenes, á propósito de algún escándalo. Pero, ¿enseñanzas?... ¡De ningún modo!... ¿Y ejemplaridad?... Tampoco. Todo esto implicaría labor preparatoria, y si se ha tenido la desgracia de realizarla, se pasa por encima de las cabezas del auditorio como el toque del clarín sonoro ó el retumbar del címbalo.

—Y sin embargo, señor rector,—dijo mi vicario,—usted no aconsejará á los jóvenes que imiten á Massillón, á Bourdaloue ó á Lacordaire. Esto sería infinitamente superior á sus fuerzas.

—¿Tal cree?... Vamos, escúchame, mocito. ¿Quién tiene más edad de nosotros, usted ó yo?... Yo. Perfecta-

(1) «Dicho de paso.»

mente. Pues yo sé por experiencia que no es el lenguaje, aun cuando raye en la más soberana elocuencia, la que al público le cuesta trabajo seguir; no es el lenguaje, son las ideas, y les cuesta trabajo seguir las ideas por deficiencia de instrucción religiosa. Evidentemente, yo soy el primero en censurarlo. Pero hace muchísimo tiempo que adquirí completa certidumbre sobre este punto. . . . En la parroquia donde serví últimamente como coadjutor, teníamos la costumbre de leer durante la cuaresma. No hay nada que desagrade tanto á los fieles. Prefieren mejor oír á un idiota balbucir diez palabras, que escuchar la lectura de un libro aunque contenga la doctrina espiritual más elevada. Practicamos inútilmente repetidos ensayos. Escogimos los libros más sencillos, más claros, más fáciles. Todo en vano. Los fieles no podían seguir con provecho ni la lectura de un párrafo. Una tarde, durante la semana de Pasión, leí el sermón pronunciado por Nuestro Señor después de la Cena, discurso que no puedo leer sin derramar lágrimas. Bien, pues le aseguro á usted que no comprendieron ni el sentido de ese capítulo, ni percibieron la divina belleza y la elocuencia de aquellas sublimes palabras. Ellos mismos me lo manifestaron.

—Según eso, ¿cree usted que nosotros, los sacerdotes jóvenes, debemos rebuscar un estilo elevado, una dición florida, períodos largos y altisonantes?... Trabajo me cuesta imaginar que pueda defenderse semejante teoría, y no quiero ofender á usted suponiéndolo abogado de ella.

—No, no eso, amiguito. La elocuencia que yo preconizo, es la elocuencia del buen gusto, que excluye indeciblemente todos esos adornos y arrequives que acaba usted de citar.

—¿Cómo me las arreglo entonces? Nunca, en los siete años que he ejercido en Inglaterra, me he atrevido á subir

al púlpito para predicar sin llevar escrito y aprendido el sermón desde el principio hasta el fin; nunca me hubiera aventurado á proceder de otro modo, porque tan pronto como hubiese incurrido en el menor desliz, podía apostar cincuenta contra uno á que á la mañana siguiente se me presentaría un ministro metodista ó sociniano para retarme á una controversia que hubiera podido revestir caracteres desagradables.

—¿Por qué ha de renunciar usted en Irlanda á esa excelente costumbre, confiándose al *dabitur vobis* (1) del Evangelio?

—Porque podría usted creer que mi palabra pasaría por encima de las cabezas del auditorio.

—Vale muchísimo más pasar por encima de su cabeza, que caer pisoteado bajo sus plantas. Créame, la multitud pisotea — metafóricamente, por supuesto — al sacerdote que desciende por bajo de la dignidad del divino oficio de Doctor. ¡Bajar hasta el nivel del pueblo! ¡Dios perdone á los insensatos que profieren tamaña necedad! En vez de decir al pueblo: «Elévate al nivel de tus sacerdotes, ten, como ellos, educación é instrucción,» dicen: «Bajemos al nivel del pueblo.» ¡Como si un sacerdote pudiese nunca, en su lenguaje ni en sus costumbres, bajar hasta el nivel del pueblo sin descender considerablemente mucho más abajo!

—Padre Dan, — exclamó mi coadjutor — le aseguro, bajo mi palabra, que, si no le conociese como le conozco, creería que usted no es usted.

—Desbarremos otro poquito, ¿quiere? Sostengo que á nuestro pueblo le agrada escuchar un lenguaje elegante y sonoro, y que comprende ese lenguaje. Si desea una prueba, hágala el domingo próximo con un fragmento de Lacordaire. Recite por ejemplo: «Hay un hombre que

amorosamente guarda la tumba...» y ya verá si lo entienden. Querido amigo, hace cincuenta años, cuando las personas tenían sólida cultura clásica, aprendida á fondo en Homero y en Virgilio; los oradores poseían conocimientos sobrados para hacer toda clase de citas, en la seguridad de que los fieles las comprenderían y las saborearían. Hace pocos días, hablando de esto con un antiguo amigo mío, me citó las siguientes palabras de un sermón, acerca del infierno, que oyó predicar hace cincuenta años, en la niñez: «Si dejásemos á la imaginación, mis amados hermanos, trabajar persistentemente sobre esta espantosa verdad, la razón vacilaría sobre su trono.» Pero hoy, ya no se hacen citas, porque no hay nada que citar. La raza de los oradores ha concluido.

De este modo le corté la réplica. Me tomé un momento para respirar.

—Según eso, señor rector, ¿cree usted que debo continuar observando la costumbre de escribir por completo los sermones y de aprendérmelos de memoria desde el principio hasta el fin?

—No, señor; á menos que eso sea requisito indispensable para mantenerse usted á la altura á que debe llegar con sus sermones. Si ahora, al cabo de siete años de ministerio, no es usted capaz de hablar sin escribir, seguramente no lo será nunca. Y allá van los consejos que quiero darle; por tratarse de un amigo, los doy gratuitamente, pero reservándome mis derechos de autor para todos los países:

- 1.º Estudie usted.
 - 2.º No predique usted cual si lo hiciera en persona; predique siempre en nombre de Nuestro Señor.
 - 3.º Viva usted los sermones que predique.
- Y nada más.

(Continuará)

(1) «Os será dado» (lo que hayáis de decir).

♀ EXTRANJERO ♀

Austria.—Hace algunos meses, en presencia del Archiduque Francisco Salvador, representante del Emperador, y de un delegado del Ministerio de Instrucción pública y de Cultos, se abrió el sepulcro donde descansa hace 211 años el Padre capuchino, Fray Marco d'Aviano, uno de los salvadores de Viena. El Padre Marco vivía cuando los turcos amenazaban conquistar la Europa entera. Empleó su ardiente celo en extinguir las divisiones que existían entre los príncipes cristianos. Durante el terrible sitio de Viena de 1673, el Capuchino fue, con el burgomaestre Liebenberg, el Arzobispo y un puñado de nobles y Jesuitas, el alma de la defensa desesperada de la ciudad que pudo sostenerse hasta la llegada del ejército polaco, mandado por su heroico rey Juan Sobieski, quien mereció el título de Salvador de la Cristiandad. El humilde Capuchino fue sepultado entre los miembros de la familia imperial de Austria en presencia del Emperador Leopoldo II y de la Emperatriz Leonor. Se cree que este examen del sepulcro del Padre es el primer paso hacia la introducción de la causa de su beatificación.

Francia.—La sociedad de las misiones extranjeras de París, tiene ahora en los países del Asia que evangeliza, 38 obispos, 1,377 sacerdotes de la Sociedad, 738 sacerdotes indígenas y 3,000 catequistas. Más de 2,000 seminaristas indígenas se educan en 43 seminarios. En 1909 convirtieron 451 herejes, bautizaron 32,000 paganos adultos, 137,000 hijos de paganos en peligro de muerte y 55,000 hijos de cristianos.

Cristiana y piadosa costumbre en el Canadá.—Existe entre los católicos del Canadá una costumbre que deberían imitar todos los católicos del mundo.

Cuando muere una persona, los parientes y amigos de ésta que van á dar el pésame y á acompañar á la familia durante la permanencia en la casa del cadáver del finado, entran en la habitación donde está de cuerpo presente, y en vez de depositar flores ó coronas, depositan en la caja estampas pia-

dosas ú hojas de papel, en las que van consignados los sufragios que cada cual piensa aplicar por el alma del difunto, misas, comuniones, rosarios, *Via Crucis*, limosnas, etc., que los parientes recogen antes de cerrarse la caja y conservan como piadoso recuerdo, dando luego por escrito las gracias á cada uno por los sufragios ofrecidos.

Eficacia de la oración.—Hace poco falleció en Aillevant, diócesis de Besançon, M. Jules Parisot, librepensador empedernido, que abrigaba un odio mortal á la Religión y á sus ministros.

Cayó gravemente enfermo, y lo primero que encargó á su familia fue que no se les ocurriese llamar á un sacerdote, porque si se presentaba alguno *le escupiría la cara*.

El párroco de la localidad, al enterarse de esto, no intentó directamente ofrecerse á la familia del enfermo, pero escribió una carta á la Superiora del Convento de la Anunciación de Langres, encomendando á las oraciones de la Comunidad la conversión de aquel pecador impenitente.

A los pocos días recibió un aviso para que se llegase á casa de M. Parisot, quien al verle, estrechó efusivamente su mano y le dijo que estaba arrepentido de su pasada impiedad y se hallaba dispuesto á toda clase de reparaciones; en vista de lo cual, y sin perder un momento, el buen sacerdote hizo venir dos testigos, y ante ellos redactó un acta de retractación que firmó el enfermo después de oír su lectura.

Entonces pidió confesarse, y le fue administrado el Viático y la Extremaunción, que recibió con verdadera piedad, y dos horas después expiraba tranquilamente.

Las oraciones de las religiosas de la Anunciación consiguieron, sin duda alguna, la conversión de aquel pecador hasta entonces impenitente.

Banco católico.—El Cardenal Maffi ha fundado en Pisa un establecimiento bancario, cuyo fundamento es ejercer el crédito como función social, según el espíritu cristiano, y por tanto:

- a) Procurar á los capitales un empleo seguro y fructuoso.
- b) Extender los beneficios del crédito y del ahorro á sus

miembros ó socios, á las sociedades y á las instituciones católicas, y á cuantos ofrezcan una garantía moral y material.

c) Contribuir al desarrollo de las obras católicas.

La Archicofradía de la Obra catequística en París—Bajo la presidencia del señor Arzobispo de la diócesis tuvo lugar la semana pasada la Junta general de esta Archicofradía en la iglesia de la Santísima Trinidad, cuyas naves llenaban por completo las señoras catequistas.

De 28,700 catequistas voluntarias que difunden en toda Francia la instrucción religiosa á 140,000 niños de ambos sexos, la diócesis de París ocupa el primer lugar con 3,483 catequistas que se dedican á la enseñanza del catecismo á 34,700 niños.

Estadística católica en los Estados Unidos—En la actualidad hay en la República Norteamericana 16,093 sacerdotes, de los que 11,885 son seculares y 4,208 regulares.

El número de católicos asciende á 14,235,451, ó sea un aumento de 360,000 sobre la cifra del año anterior, y si se añade á la citada cantidad el número de católicos dispersos en las posesiones no continentales, la totalidad de católicos se eleva á 22,474,440.

El 6 de Abril de 1789 fue cuando Pío vi nombró el primer Obispo de los Estados Unidos, cuyos sucesores son en la actualidad más de ciento.

La administración de cultos en Francia—A pesar de la separación de la Iglesia y del Estado en Francia, existe allí el presupuesto de cultos, que asciende á la suma de 507,775 francos.

El empleo de dicha cantidad es el siguiente:

Al personal de la oficina de cultos, 164,775 francos; material de dichas oficinas, 23,000; socorros y gastos varios, 10,000; socorros á los antiguos ministros de los diversos cultos y á sus familias, 310,000; total: 507,775. Así, pues, para repartir 310,000 francos de socorros paga el Estado 165,000 entre personal y material.

Así se explica que el presupuesto francés esté en déficit y ascienda á más de cuatro mil millones de francos.

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año V—Vol. V { Octubre 1.º de 1910 } Núm. 18

DECRETO

Nos Bernardo Herrera Restrepo

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica,
Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia, etc. etc.

CONSIDERANDO:

1.º Que en esta ciudad se editan dos hojas periódicas denominadas *Ravachol* y *Chantecler*, las cuales están llenas de insultos los más soeces contra la Religión Católica y contra sus Ministros, llegando el primero hasta poner en ridículo la persona adorable de Nuestro Señor Jesucristo.

2.º Que si bien por su contenido y por su estilo, las mencionadas publicaciones no merecen sino el desprecio de las personas sensatas, todavía pueden ser y son causa de gravísimo escándalo para las gentes sencillas é ignorantes.

3.º Que no obstante el haber levantado nuestra voz en repetidas ocasiones contra los